

## ELLA Y YO

Lo que más cuesta a un ser humano es hablar de sí mismo.

No es cierto — pueden pensar algunos —. Hay quien es capaz de estar horas y horas sin descanso contando sus peripecias o relatando sobre su vida y milagros.

Bien, puede ser que sea así, puede ser que muchos de nosotros seamos capaces de semejante verborrea, pero tal vez hablamos tanto para no decir nada, para callar realmente la verdad, y la verdad es lo que sentimos en lo más profundo de nuestro ser y que, muy pocas veces, dejamos aflorar por vergüenza, inseguridad y, sobre todo, por miedo. Y creo que en este proceso juega un papel muy importante afrontar una dicotomía, que se presenta muy a menudo a lo largo de nuestro recorrido vital: pensar como sentimos o sentir como pensamos.

En el primero de los casos buscamos la seguridad huyendo de cualquier riesgo o aventura. La razón consigue hacerse con las riendas de nuestra vida que, aunque no sea lo que más nos satisfaga, nos transmite la sensación de encontrarnos a salvo. Sin embargo, cuando dejamos que los sentimientos broten y sean nuestros aurigas, cuando vemos el mundo de dentro hacia fuera, es cuando mejor nos hallamos, cuando somos de verdad y es, entonces, cuando sentimos felices.

Siempre pensé que era capaz de gestionar cualquier ámbito de mi vida de la manera más eficaz a través de la razón: calculando los riesgos y tomando las decisiones adecuadas. Hasta que llegué a un punto crucial en el cual cuando creí que conocía las respuestas, me cambiaron todas las preguntas. La lógica ya no me servía. Necesitaba encontrar un vehículo para dar salida mis emociones, a mi nueva percepción de las cosas. Necesitaba poder contar lo que sentía, de una manera abierta y sin tapujos.

Entonces apareció Ella.

Ella era capaz de decir cosas que a mí me parecían impensables de pronunciar. Se abrió al mundo que hasta ahora era el mío, y con

una extraña pirueta, podía darle la vuelta para encontrarle otra perspectiva. Sentía de una manera mucho más profunda y auténtica. Pensaba como sentía.

— Es que a ti, Elena, siempre te ha perdido ser tan cabal, tan... ¿Cómo te dicen tus hijos? Legalista. Desde pequeña has hecho siempre lo que se esperaba que era lo correcto. La disciplina que siempre has admirado, en ocasiones ha sido un tiro por la culata. Acuérdate de niña: siempre dibujando, creando, imaginando. Traviesa y transgresora hasta decir basta...

Me mira con esa especie de ironía que enciende el fondo de sus ojos. Estamos sentadas en un café, de esos que pertenecen a una conocida franquicia. Hemos quedado para hablar de cómo afrontar la estructura del libro que vamos a publicar a partir del blog *Mi vida en tacones*. Fuera hace frío, y los cristales están empañados. Está empezando a oscurecer.

— Bueno, yo creo lo que he sido siempre es una persona disciplinada, sí — contesto un poco a la defensiva —, pero también he respaldado mi criterio y se me ha tenido por bastante rebelde, incluso de adulta. Hay quienes piensan que soy un poco terca, cuando creo tener razón. Y desde edad muy temprana he sido muy reivindicativa. «Abogada de pleitos pobres», me llamaba mi madre.

— ¡Ah! Sí, ya. Y también tienes mal genio a veces, te enfadas con frecuencia, y vales mucho..., lo de siempre. Pero... ¿Cuántas veces has dicho sí cuando querías decir no? ¿Cuántas veces, durante todos estos años, has antepuesto el interés ajeno al tuyo? ¿Qué ha pasado cuando te has preguntado «qué hay de lo mío?».

Me conoce bien. Sabe cuál es mi punto flaco. Es verdad. En ocasiones he ido en contra de mi sentimiento o de mi deseo porque se esperaba de mí que hiciera lo correcto. Tal vez porque la opinión de los demás me pesaba demasiado...

Ella, ahora, me mira con ternura. Es consciente de que ha tenido que ser el convidado de piedra a lo largo de una gran trayectoria de nuestra vida en común. Lo que me aconsejaba o, simplemente, lo que me señalaba, pasaba al cajón del olvido, tras la cerradura del temor al fracaso.

—Reconoce, Elena, que durante mucho tiempo has tenido guardados sentimientos que, hasta que el vaso no rebosó, fuiste incapaz de dejarlos fluir. Se tuvo que convertir la madeja en una pelota para que te miraras a ti misma y decidieras que era el momento de cambiar.

—Bueno, puede ser. —Asiento con la cabeza—. Pero tampoco tú te has atrevido a decir mucho hasta que no usamos la palabra escrita como intermediaria. Reconoce que mi idea del blog fue estupenda. Encontramos un instrumento para dar rienda suelta a opiniones, sentimientos... Me parece que ambas tuvimos la misma responsabilidad. Con el blog tú, igualmente, has visto el cielo abierto para poder contar cosas que de otra manera no habríamos conseguido transmitir. Claro, esas entradas en tercera persona, esos relatos metafóricos, oculta tras el teclado del ordenador han facilitado mucho que, por fin, se abrieran las compuertas emocionales.

Ella lanza una carcajada. Sabe que tengo razón. Es fácil hablar de lo humano y lo divino cuando no hablamos de nosotros mismos, y Ella tiene una rara habilidad para hacerlo.

—Vale, reconozco que juego con un poco de ventaja —asiente—. Pero al final, en muchas ocasiones, no puedo evitar que se me vea el plumero. Somos... demasiado transparentes. Y eso, amiga mía, es estupendo como terapia, pero también un *handicap*, a veces.

—No sé —contesto después de dar un sorbo al café, que se ha quedado un poco frío—, creo que uno de mis grandes problemas es que he tenido miedo de mostrarme bastante vulnerable, de mostrar que era muy sensible. A pocas personas he dejado que vieran esa faceta mía en público. En cambio, a través del blog, fluían los sentimientos sin tapujos, aunque vestidos de palabras con las que jugar.

—Lo sé, Elena. Tener que contenerte no debe ser nada cómodo. Acuérdate que en ocasiones te han llegado a ver hasta un poco alta-nera... Bueno, yo creo que los años también te enseñan a no tener que demostrar ya nada, solo lo que te aporta y te impulsa como el viento en la espalda —concluye con un guiño, haciendo referencia al nombre de la novela en la que ya aparecieron algunas entradas de nuestro blog y cuya gran aceptación por los lectores es el motivo de este nuevo proyecto.

Sí. Estoy de acuerdo en que una de las ventajas de hacerse mayor es no tener que demostrar que no solo eres buena sino la mejor. Otra prerrogativa es el abandono de muchos miedos —y así se lo hago saber a Ella—, sobre todo a la pérdida, porque es ahora en el momento en que estamos, cuando empiezas a dejar personas y cosas en el camino de la vida.

—Es cierto —me responde—. Y esos miedos se afrontan cuando se te vienen encima como un tren de mercancías, ¿verdad? Pero también cuando aprendes a hablar de ellos, cuando los pasas al papel o al teclado del ordenador, se convierten en más ajenos, más manejables... Y también ayuda romper ciertos tabúes, que sabes que han sido rémoras infructuosas.

Lo que más envidio de Ella es la naturalidad con que se toma las cosas. Sé que como yo, ha sufrido mucho en momentos determinados. El mismo dolor nos atravesó a las dos como un espada que laceraba nuestras esperanzas y se llevó aquello que para ambas había sido tan importante.

Y curiosamente ese dolor, ese sufrimiento nos volvió a unir, hizo que nuestros caminos, que desde la adolescencia se habían separado, se encontraran de nuevo.

Ella regresó de ese mundo al otro lado del espejo para contarme que por mucho que la realidad me agobiara, que a pesar de estar a punto de perder el combate, y que estuviera ya, prácticamente, besando la lona, hasta que el árbitro no contara diez, todavía me podía levantar y seguir peleando, e incluso ganar la batalla.

Me contaba bellas historias que sucedían en ese mundo ideal, me empujaba a contemplarme con ojos nuevos, me convenció de que era yo, y solo yo, quien podía decidir el cómo, el cuándo y con quién.

—Elena, te has quedado muy callada. Raro en ti.

—Pensaba en lo distinta que me siento desde que tú regresaste.

Otra vez la veo sonreír.

—Nunca me fui. Solo me retiré. En el camino que seguías no podía acompañarte —estaban tu marido, tus hijos, el trabajo—. Demasiado ocupada demostrando la mujer perfecta que eras, aunque sabía que

llegaría el día en que volveríamos a estar juntas inventando historias, dibujando princesas y enamorándonos del mismo amor inalcanzable, porque solo está en nuestra imaginación. Elena, se puede cerrar una olla, pero al final la presión hace que explote, si no hay una válvula de salida.

Lo sé muy bien. Ella lo sabe muy bien. Su anterior intento de ayuda fracasó. No supe escucharla y volví a caer en lo mismo, a tropezar en la piedra de siempre. Pero esta vez el elefante era tan grande, que solo pude esperar a que me dijera cómo comerlo... Y la respuesta fue: a cachitos.

Tuve que sufrir casi un seísmo en mi vida para darme cuenta de que no existe error mayor que creer que se puede controlar todo, que pensar que si haces siempre lo correcto se te premiará con el gordo de la lotería. Entonces decidí dar un giro para aprender que nada es para siempre, sino que la vida que vemos como un todo, son instantes, pasos en la nieve que van marcando la propia existencia; decidí dejar que los sentimientos se transformaran en pensamientos y en acciones, y que estas fueran constructivas, positivas. Y decidí abandonar los miedos, enterrados profundamente, para de una vez por todas vivir plenamente, con pasión.

Y entonces nació *Mi vida en tacones* para poder contarlo.

Al principio Ella apenas asomaba. Participaba poco y quedaba en un segundo plano. La verdad es que le dejaba un resquicio, pues iba construyendo despacio ese camino común. Pero casi sin darme cuenta, ha ido tomando protagonismo y, sin lugar a dudas ahora está presente absolutamente en muchos artículos, formando actualmente ambas un tándem que creo es eficaz. Yo contemplo la realidad, la analizo, la escruto y relaciono, para ofrecer a los lectores una opinión o mi punto de vista. Ella, del simple vuelo de un pájaro, o de una frase oída por casualidad, construirá una bella historia, un cuento o una fábula.

Ella y yo somos, al final, una misma persona.

Por eso estamos hoy aquí. Las dos sabemos que este libro que nace de nuestro blog es muy importante para ambas. Se trata de convertir en algo físico, en algo tangible, alegrías, lágrimas, reflexiones y, sobre